

## **ADIÓS A LA LENGUA MATERNA: LA ESCRITURA EN LENGUA EXTRANJERA COMO ACTO DE DISIDENCIA. EL CASO DE JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE**

**FAREWELL TO MOTHER LANGUAGE: FOREIGN LANGUAGE WRITING AS AN ACT OF DISIDENCE. THE CASE OF JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE**

Adrián Herrera Fuentes  
Universität zu Köln  
[herreraa@uni-koeln.de](mailto:herreraa@uni-koeln.de)

Fecha de recepción: 30 de mayo de 2019

Fecha de aceptación: 10 de junio de 2019

<http://dx.doi.org/10.30827/TNJ.v2i2.9634>

### **Resumen:**

Este artículo analiza la relación que José María Blanco White sostenía con el idioma inglés y su propia lengua materna, el español. Exiliado por voluntad propia en Inglaterra a partir de 1810, el autor de origen sevillano expresa en un inicio su voluntad de convertirse en un hombre de letras británico, y de abandonar para siempre la escritura literaria en castellano. Esta renuncia lingüística implica una disidencia tanto política como religiosa, así como un paso en su evolución intelectual. Aunque Blanco White alcanza un alto prestigio como autor en Inglaterra en su lengua adoptiva, nunca abandonará del todo su compleja relación con España ni su expresión en idioma español. Se discute también cómo su supuesta identidad inglesa es una construcción imaginaria del autor que, si bien busca despojarse de sus raíces, carga constantemente a cuestas con ellas.

**Palabras clave:** poliglosia; glotopolítica; literatura española; identidad lingüística; disidencia religiosa; disidencia política.

**Abstract:**

This article discusses the relationship between José María Blanco White, his adoptive tongue, English, and his mother language, Spanish. Living in exile in England since 1810, the author from Sevilla expresses his will to become an English man of letters whilst abandoning Spanish in his literary writing. This linguistic renounce is an act of political and religious dissidence, as well as a step forward in his intellectual evolution. Even though Blanco White becomes a successful literary author in England, writing in his adoptive tongue, he never manages to fully break his relationship to Spain neither he quits completely writing in Spanish. This paper also discusses how his supposed English identity is an imaginary construction in which Blanco White is willing to break with his roots, even though he is inevitably attached to them.

**Keywords:** polyglossia; glotopolitics; Spanish literature; linguistic identity; religious dissidence; political dissidence.

La estrecha unión entre lengua materna y literatura nacional formó durante mucho tiempo un binomio que, sin embargo, la práctica ha puesto en cuestión, pues, en un mundo políglota y en constante intercambio son cada vez más los autores que se expresan en idiomas distintos a aquellos con los que nacieron o que son los hablados por los grupos culturales o nacionales a los que pertenecen, ya sea por filiación familiar o jurídica. Este fenómeno ha dado luz a literaturas que especialistas como Ottmar Ette llaman “sin residencia fija”, a caballo entre más de una nación y más de una lengua (37). Sin embargo, durante los siglos XVIII y XIX la relación entre nación, lengua y literatura no se daba en un contexto de globalización y formación de alianzas transnacionales tan intensificado, y es en el marco de esta circunstancia histórica en el que el caso de José María Blanco White (Sevilla 1775 – Liverpool 1841), un sevillano emigrado a Inglaterra y hacia la lengua inglesa, es bastante particular. Antes de abordar su caso, sin embargo, vale la pena recordar la relación política entre lengua y literatura contemporánea al autor: si bien la idea de nación es bastante más vieja, no es hasta el siglo XVIII cuando se la empieza a articular más estrechamente a la idea de una lengua nacional (Mercier Favire 161 y Hobsbawn 14), aunque cabe remarcar que la idea de nacionalismo vino a dar mayor prioridad a criterios lingüísticos y étnicos a partir de 1880 (del Valle y Steehman 19). Una vez establecido el binomio lengua–nación, la creación de un estándar a través de academias y diccionarios se convierte en una herramienta necesaria para la articulación de los discursos nacionales y de una literatura nacional a través de la imprenta (Anderson 43). Es así como dentro de la relación política entre lengua y literatura surge la idea de autores emblemáticos cuyas obras son “monumentos de una lengua” en diversos países europeos (Bivort 1). En el ámbito hispánico, la gramática española de Nebrija marca la fundación lingüística de una cultura literaria a la que se adscriben por mera filiación geográfica diversas literaturas y sus autores, si bien múltiples

ejemplos provenientes tanto de Europa como de América surgen bajo la influencia de tradiciones culturales ajenas al canon que Eduardo Subirats llama “nacionalcatólico”, es decir, el canon “puramente” hispánico (152), en donde podríamos colocar ejemplos como la *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, de Guamán Poma de Ayala, escrita en un español fuertemente salpicado de lengua quechua, o decenas de ejemplos de poesía judeoespañola con una fuerte influencia del hebreo y el árabe. Estos textos, solo por mencionar algunos casos, se escapan del principio unificador de una lengua “estándar” y “pura”. Sin embargo, ¿qué sucede cuando un escritor o escritora decide directamente componer su literatura en otra lengua que no es la “propia”? ¿qué sucede en España en el siglo posterior a la fundación de la Real Academia, donde la resistencia cultural y política frente a Francia y Gran Bretaña se traslada incluso al ámbito de la “lengua oficial”, renuente a adoptar neologismos científicos provenientes de otros idiomas europeos (Martínez González 457). En el contexto de crisis política tan complejo que supone la transición del siglo XVIII al XIX, con la amenaza de Napoleón al norte y el inicio de los movimientos independentistas en América, nace y se forma intelectualmente José María Blanco White. Nativo de Sevilla y descendiente de comerciantes irlandeses asentados en Andalucía, se dedica a las letras en el seno de la vida monacal, en contacto con la escuela poética sevillana y con una enorme influencia del pensamiento liberal británico y francés. Exiliado por voluntad propia en Gran Bretaña a partir de 1810, su marginación de la historia literaria española se puede resumir en tres inclementes razones del juicio de Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882): haber renegado a la fe católica y abrazado ideas protestantes y un liberalismo político ilustrado, haber criticado ferozmente a la sociedad española y finalmente, haber tomado partido tanto por la independencia de las colonias americanas como por Inglaterra (Menéndez Pelayo 1397–1398). Para muchos de sus detractores literarios y políticos, Blanco pasa a la historia como “un traidor a la patria”, en gran parte por su feroz crítica a la “incompetencia” de las Cortes de Cádiz, aparecida en su conocido panfleto político *El Español*<sup>1</sup>, donde llegó tan lejos incluso para demandar que el Duque de Wellington fuese nombrado regente de España (Murphy 83).

Un aspecto de sobra conocido es que, en el momento de su migración a Inglaterra, Blanco White decide romper política y religiosamente con España, un rompimiento que acelera en su conversión a la Iglesia de Inglaterra y en la ardiente crítica política articulada en su diario *El Español*. Sin embargo, poco se ha comentado sobre el hecho de que su posición política viene estrechamente ligada a una conversión lingüística: Blanco y Crespo, que decide sustituir su apellido materno por el nombre original de su familia paterna, White, abandona su lengua materna para (intentar) reinventar su identidad, consolidar su individualidad intelectual y religiosa, y al mismo tiempo realizar un acto de afirmación política que le permite diferenciarse y distanciarse respecto a España y la religión católica. De este modo, su disidencia política es necesariamente una lingüística.

1 El Español fue un periódico de crítica política de corte liberal que Blanco White dirigió desde Londres entre 1810 y 1814 y que contaba con un amplio público proindependentista en América. A esta publicación, el autor debe gran parte de sus afectos y enemistades (Durán López, *La conciencia* 155).

### **Construirse una nueva identidad: breve biografía políglota de Blanco White**

No es suficiente afirmar que Blanco construye una nueva versión de sí mismo por el simple hecho de haber creado toda una obra inglesa, editada por Juan Goytisolo en los años setenta<sup>2</sup>. Si bien escribir en otro idioma era algo bastante común desde la Edad Media hasta la Ilustración, hacerlo servía al propósito de subscribirse a una red de intercambio cultural donde el latín o el francés eran las lenguas francas. Pero el inglés en Blanco White tiene más que una intención comunicativa: implica también voltear las espaldas al mundo hispánico y construir una versión inglesa de sí mismo, como se puede ver si analizamos con cuidado diversos pasajes de su autobiografía, titulada *The Life of Reverend Joseph Blanco White written by himself* (1845), la cual citamos aquí mismo en su traducción española<sup>3</sup>. Al escribir una *autobiography* y no una autobiografía, Blanco se narra a sí mismo como una especie de converso, no para sus compatriotas en España, sino para los ingleses, del mismo modo que lo hizo en tantos otros escritos y artículos para publicaciones tan diversas como la Enciclopedia Británica, *The Quarterly Review* y *The New Monthly Magazine*, donde escribió sobre su vida y su país de origen, pero en inglés y para los ingleses (Durán López, *La conciencia* 323). Sin embargo, en el ejercicio de memoria autobiográfica se trata más bien de hablar de sí mismo en una lengua en la que se ha construido una nueva identidad intelectual, culta y liberal, opuesta a una identidad española estrictamente católica y conservadora. Blanco se esmera en no hacer pasar esto por un mero capricho y enfatizar su linaje: es por ello por lo que su autobiografía comienza justamente en detallar sus propias raíces familiares para legitimar su transición de lo español hacia lo inglés. Según sus propias palabras, su padre había sido Guillermo White, un comerciante español cuyo padre irlandés se había asentado en Sevilla huyendo de los conflictos religiosos en las islas británicas bajo las leyes anticatólicas de Oliverio Cromwell. A pesar de la emigración, la familia paterna mantenía estrechos lazos con otros irlandeses asentados en Andalucía, en donde se había establecido: “una pequeña colonia irlandesa cuyos miembros siguen conservando la lengua y muchas de las costumbres y aficiones que su fundador trajo a España” (*Autobiografía* 26). Entre sus antepasados y su propia familia existe una continuidad histórica a pesar de la distancia geográfica, perpetuada tanto por el idioma como por la práctica continua de una cultura de la que Blanco se imagina a sí mismo como heredero directo. Curiosamente, no aborda con el mismo detalle sus antecedentes maternos, españoles, de modo que iniciar su autobiografía reconstruyendo la historia irlandesa del padre le permite legitimar la elección de una lengua que viene del lado paterno, en oposición a la lengua de la madre o materna.

Sin embargo, esto no es más que una construcción del propio autor pues, contrario a lo que podría creerse, no había crecido hablando ambas lenguas desde pequeño. Considerando sus posteriores dificultades en Inglaterra, puede entenderse que su idea del inglés

2 Cf. Juan Goytisolo (ed.). *Obra inglesa de José María Blanco White*. Barcelona: Seix Barral, 1974.

3 Traducción y edición de Antonio Garnica publicada bajo el título *Autobiografía de Blanco White* (Sevilla, Universidad, 1975).

como lengua de herencia es únicamente imaginada y que no aprendió de pequeño. Si bien afirma haber crecido escuchando hablar inglés en el negocio familiar de exportaciones agrícolas, el castellano fue su primera lengua. Con su padre, al cual se refiere como un “español”, habló siempre en castellano. El aprendizaje del inglés se da gracias a la iniciativa de su madre, que insistió para que el autor, a la edad de 8 años, sirviera de asistente a un irlandés empleado en el negocio familiar de exportaciones. A fuerza de llevar las cuentas y copiar la correspondencia, consiguió aprender “suficiente inglés para hablar con cierta fluencia con los cuatro o cinco irlandeses con quienes pasaba la mayor parte del día” (Blanco White, *Autobiografía* 28).

Si bien el inglés fue decisivo en su vida, Blanco White no duda en detallar su aprendizaje de otras lenguas para redondear la construcción de una identidad políglota: sabemos que en sus años monacales aprende también el italiano, de lo que Menéndez Pelayo comenta despectivamente que Blanco lo aprendió “sin más esfuerzo” que el de cotejar la *Poética* dieciochesca de Luzán con el tratado *Della perfetta poesia* de Muratori (1390). También se sabe que Blanco se perfecciona en el conocimiento del francés, y que aprendió griego antiguo en Inglaterra, así como el alemán hacia el final de su vida. No obstante, el origen de esta carrera políglota está en la iniciativa de su madre, Gertrudis Crespo, una mujer de familia aristocrática española caída en desgracia económica. Tras el inglés, bajo su influencia aprendió el latín en sus años de juventud, pues su madre no podía soportar “que fuera educado con una total ignorancia” (*Autobiografía* 28) de ese idioma, que por cierto afirma nunca haber llegado a dominar del todo (29). Interesantemente, es su madre española quien tiene una influencia real en la ampliación de su dominio lingüístico, no así el padre de raíces irlandesas, a través del cual Blanco White establece un linaje que, si bien real de sangre, era imaginario en el aspecto cultural. Resulta paradójico que sea su lado materno, con una historia más profunda en la geográfica ibérica, el origen de dicho impulso hacia una cultura políglota, y no así el padre, cuyos antecedentes de movilidad migratoria podrían indicar lo contrario.

### **Una formación intelectual inglesa**

La influencia que habían tenido tanto la cultura como la lengua inglesa en la formación del autor no comienza en Gran Bretaña, sino que formaba parte de los círculos intelectuales de élite que frecuentaba en su juventud. Ya en la vida conventual sevillana tradujo algunos fragmentos de Shakespeare y de poetas como Alexander Pope, y son estas actividades las que lo distinguen entre sus amigos poetas a finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Es en esta época en la que Menéndez Pelayo lo sitúa como miembro de una “moderna escuela poética sevillana” (1391), a la cual pertenecieron poetas como Manuel María de Arjona, Alberto Lista, Francisco López de Castro y Eduardo Vácquer. Se sabe incluso que Vácquer, amigo personal de Blanco, lo envidiaba en secreto por sus avanzados conocimientos del inglés (*Autobiografía* 109), lo cual nos deja claro el prestigio literario, científico y político que ya gozaba este idioma. Blanco prácticamente presume esta envidia, sabiéndose portador de un arma que en su círculo nadie manejaba tan bien como él.

Otra característica de la anglofilia de Blanco White se encuentra en la adopción de sobrenombres, además de la ya mencionada adopción del apellido original de la familia paterna y la desaparición del apellido materno “Crespo”. Siguiendo en sus tiempos del círculo poético sevillano una costumbre que Menéndez Pelayo califica como “ridícula”, el autor adquirió el sobrenombre de “Albino”. Este mote tiene un doble significado: por una parte, “albino” se refiere a las personas sin pigmentación, con piel y cabellos extremadamente blancos, y por otra parte, hace referencia a uno de los nombres antiguos, de origen griego, con el que se conocía a la isla de Gran Bretaña, Albión. Por un lado, Albino es un juego visual con sus nombres: así como el autor es doblemente blanco, *Blanco* y *White*, la imagen de un albino alude a su doble nombre. Pero, por otro lado, esta palabra también funge como un gentilicio: “albino”, es decir, alguien nativo de “Albión” (Inglaterra). Este pseudónimo apunta hacia una identidad y origen imaginarios: así como Albión tiene una connotación más bien histórica y alegórica de Inglaterra, la relación de Blanco con las islas británicas, si bien familiar, al mismo tiempo es un constructo imaginario formado por los deseos y afectos más profundos del autor hacia un espacio geográfico que él había idealizado en su fantasía. No resulta difícil de imaginar que Menéndez Pelayo, tan celoso de la ortodoxia cultural española, al escribir una historia de los “heterodoxos” de su patria, califique dicha costumbre de hacerse llamar “Albino” como “ridícula”.

### **Lengua y disidencia religiosa**

¿Qué es lo que parece atraer tanto a Blanco White de la cultura inglesa? En aquella época, su anglofilia no es de ninguna manera un caso aislado de admiración por todo lo inglés. En las élites intelectuales de Europa de los siglos XVIII y XIX, la admiración por la cultura inglesa estaba bastante extendida, con ejemplos como Voltaire, en Francia, o Theodor Fontane en Alemania. Entre los intelectuales y científicos franceses, por ejemplo, el viaje a Inglaterra tenía el propósito de observar máquinas y nuevas tecnologías, o bien era parte de un *voyage littéraire* para filólogos y gente de letras (Gelléri 31). Admiración por sus contribuciones a la ciencia y su influencia política en el mundo, en algunos, veneración por su autonomía y cultura de tolerancia en otros, Gran Bretaña despierta en Blanco White una gran admiración por la aparente libertad, el pensamiento ilustrado y el escepticismo que ahí se vivía. Sin embargo, esta idea correspondía más bien a un preconcepto construido por sus lecturas, pues al llegar a Londres se encontró con un ambiente más bien religioso influenciado por el auge político de los tories, protestantes evangélicos (Murphy 77). De ahí que Blanco, deseoso de “anglificarse”, se acercara al *establishment* británico a través del anglicanismo (77), en su percepción, más racional y liberal que el catolicismo español.

Como atinadamente lo resume Eduardo Subirats en sus “Siete tesis contra el hispanismo” (2004), la identidad cultural española fue ligada fuertemente a la práctica del catolicismo por diversos frentes nacionalistas (152). Por esta razón, renunciar al catolicismo o convertirse en un fuerte crítico de este podía ser interpretado por las plumas más conservadoras como un

acto de traición a la patria. Es al menos ésta la forma en que Menéndez Pelayo interpreta la migración de Blanco White hacia Inglaterra: como un pretexto para escapar del celibato sacerdotal. Según aquel,

Blanco tenía varios hijos, y, amando entrañablemente a aquellos frutos de sus pecados, quería a toda costa darles nombre y consideración social. De aquí su resolución de emigrar y hacerse protestante; para él, incrédulo en aquella fecha, lo mismo pesaba una religión que otra, ni había más ley que la inmediata conveniencia. (1397)

Durante su sacerdocio católico, se sabe que Blanco tuvo diversos desahogos sexuales y enamoramientos en Madrid, en la primera década de 1800 (*La conciencia errante* 106-107), y que incluso tuvo un hijo, Fernando, con Magdalena Escuaya (117), su pareja en ese entonces. Independientemente de esto, Menéndez Pelayo despoja de cualquier legitimidad tanto su conversión religiosa como su migración al interpretarlos como actos de “inmediata conveniencia” para proteger los “frutos de sus pecados”. Blanco White, sin embargo, en su autobiografía explica que la invasión napoleónica representaba la oportunidad de vivir un sueño que venía acariciando desde 1800: migrar a un país angloparlante donde pudiera ser libre, tras lo cual podría despojarse del título de sacerdote católico. Finalmente, Blanco White denuncia la forma en que el pueblo español se encontraba perdido en las supersticiones religiosas cultivadas por la Iglesia, de la cual se reconoce haber sido partícipe:

De permanecer en el país tendría que seguir siendo sacerdote y hubiera estado condenado a vivir en contradicción con mis propias ideas hasta el día de mi muerte. La libertad intelectual me atraía de forma irresistible y ahora que la veía a mi alcance no había nada en el mundo que pudiera arrebátarmela. (*Autobiografía* 165)

Es a partir de aquí que Blanco White decide renunciar al sacerdocio y al catolicismo, más que por libertad sexual, por perseguir una independencia intelectual y moral. Receloso de la religión católica, consideraba su sacerdocio como una mancha que no podría borrar, “ni utilizando mi propia sangre” (176), como si se tratase a su vez de un elemento genético que lo unía a esa comunidad cultural en la que religión y pertenencia nacional iban de la mano. Un arma poderosa para distanciarse de esta molesta esencia era la adopción del inglés, un acto de afirmación personal y negación de la fe con respecto a esa España que tan insistentemente rechaza. El primer momento donde se unen lengua y disidencia religiosa lo encontramos en su partida hacia Inglaterra; en vista de que la ciudad de Cádiz había prohibido la entrada a otros extranjeros, a excepción de los ciudadanos británicos, Blanco White se enmascara:

Como el capitán de nuestro barco y mi pariente irlandés iban a hacer uso de este privilegio, decidí hacerme pasar también por inglés. Me prestaron una casaca de vívidos colores y adoptando el aire menos clerical de que era capaz seguí al capitán en dirección a la puerta de la ciudad. El pasó primero y un fraile gordinflón que estaba allí de guardia para velar por el cumplimiento de las disposiciones del gobernador me preguntó: *¿Inglis?* Mi respuesta, aunque no en un inglés muy refinado, fue perfectamente idiomática, con lo que el fraile me saludó y me dejó pasar. (*Autobiografía* 167-168)

El distanciamiento entre el catolicismo y España comienza en el contraste entre el autor y el fraile gaditano, interesantemente, en la última estancia de Blanco White en España antes de partir hacia Inglaterra para el resto de su vida. El primer contraste está en la vestimenta; este se ha despojado de sus ropas religiosas, adoptando el aire “menos clerical” posible, mientras aquel parece haber estado vestido según la regla. El segundo contraste es lingüístico: “*¿Inglis?*”, pregunta el fraile, donde la grafía reproduce el acento español al hablar inglés, mientras Blanco White afirma responder con perfección idiomática, evadiendo así el control. Jocelyn Almeida (127) interpreta este pasaje como una “apropiación de un privilegio colonial”, al quererse hacer pasar por británico, en el que el fraile asocia el inglés con un poder legítimo; pero si bien esta interpretación es correcta considerando las relaciones de poder político de la época, hay que considerar también que, en el caso de Blanco White, se trata de asumir una identidad imaginaria, largamente anhelada, precisamente para evadir el poder que representa el fraile (España, el catolicismo) y encaminarse hacia lo que significaba la propia libertad del sevillano.

Por su parte, Menéndez Pelayo nos deja claramente ver la forma en que disidencia política y religiosa van de la mano de un distanciamiento lingüístico. Tras realizar una aguda crítica de los artículos “antipatrióticos” de Blanco White contenidos en *El Español*, Menéndez Pelayo lo acusa de haber recibido en premio, del ministro Channing, una pensión vitalicia de “200 libras esterlinas anuales” a partir de lo cual “rara vez escribió en castellano” (1398), como si Blanco hubiese “vendido” su lealtad lingüística y, con ello, su adscripción nacional. En la misma *Historia de los heterodoxos españoles*, Menéndez Pelayo aborda más adelante la revista *Variedades o el Mensajero de Londres*, otra revista en español dirigida a hispanohablantes llevada por Blanco White a encomienda del editor Rudolph Ackermann (Durán López, *La conciencia* 356). En dicha publicación, Blanco escribe un perfil biográfico de Simón Bolívar en el que se declara supuesto enemigo del cristianismo y se avergüenza de la lengua española:

Allí es donde Blanco se declaró clérigo inmoral y enemigo fervoroso del cristianismo, allí donde afirmó que España es incurable y que se avergüenzaba de escribir en castellano, porque nuestra lengua había llevado consigo la superstición y esclavitud religiosa dondequiera que había ido. (Menéndez Pelayo 1398)



Nuevamente, Menéndez Pelayo denuncia la doble traición a España, tanto a su sociedad (“España es incurable”) como a su profesado catolicismo (“clérigo inmoral”, “enemigo fervoroso”), ambas traiciones articuladas por la vergüenza de escribir en español, “nuestra lengua”. Sin embargo, su acérrimo crítico no estaba muy lejos de la realidad; Blanco White había escrito años antes, en una carta a su amigo Alberto Lista sobre su llegada a Inglaterra:

Heme aquí resucitado en un abrir y cerrar de ojos; heme aquí en Inglaterra, no en sueños como en otras veces, sino rodeado de mil objetos que me aseguran contra toda ilusión. La lengua de la libertad resuena en mis oídos, y ya respiro bajo la protección de sus leyes. (*Antología*, “Impresiones de Inglaterra” 282)

Con “lengua de la libertad”, Blanco White se refiere a la libertad política y religiosa, un ideal bastante afincado en sí al decidir abandonar el español hacia mediados de la década de 1810, como si así se liberara de sus yugos. Como atinadamente lo observa Durán López, ya en 1814 Blanco White creía que “su vínculo con España tenía que extinguirse por completo y se propuso ser a todos los efectos un ciudadano y un hombre de letras inglés, escribiendo solo en esa lengua e implicándose en la vida religiosa anglicana” (*Versiones* 38). Como producto del ambiente intelectual de la época, que Menéndez Pelayo describe sarcásticamente como “anglo-galo-filosófico-sentimental” (1200), Blanco White rechaza las prácticas fanáticas católicas, así como la rigurosa y cruel vida monacal: al modo de muchos otros autores españoles posteriores a él (Galdós, Larra o Baroja) culpa al catolicismo del atraso material y espiritual de la sociedad española. Ejemplo de ello son textos en lengua inglesa como *Letters from Spain* (1822) y el ensayo anticatólico *A Practical and Internal Evidence Against Catholicism* (1825), publicado en Glasgow. El primero de ambos fue el primer éxito literario de Blanco White en lengua inglesa, y fue publicado en Londres bajo el pseudónimo de Leucadio Doblado, compuesto por la palabra griega *leukós* (blanco) y “doblado”, es decir, dos veces blanco, Blanco y White (Durán López, *La conciencia* 320). Estas diez cartas tienen su origen en una serie de artículos escritos para *The New Monthly Magazine* sobre la vida y costumbres españolas, de las que la primera y la tercera contienen una profunda crítica a las “supersticiones” religiosas españolas y las crueles vicisitudes del sacerdocio católico. Explicar la escritura en lengua inglesa de esta obra no puede únicamente obviarse al hecho de que estaban dirigidos a un público británico, pues siempre cabía la posibilidad de escribir en español y dejarse traducir, considerando sobre todo el nada escaso grupo de intelectuales hispanohablantes exiliados en Londres en el primer cuarto del siglo XIX, agrupados bajo el editor Rudolph Ackermann (Durán López, *Versiones* 9). Si interpretamos la elección lingüística como disidencia religiosa e intelectual, encontramos que se trata nuevamente de un ejercicio de distanciamiento, tal y como sucede en la escritura de su autobiografía; al escribir para un público británico, predominantemente anglicano, Blanco desea dejar en claro su propio abandono del catolicismo. Hablar de las crueldades del rigor religioso y del sinsentido de los rituales o “supersticiones” católicas no podría realizarse

en español pues, en primer término, no tendría el mismo mensaje de renuncia que significa la adopción de otra lengua, y, en segundo término, desde la distancia lingüística se vuelve más radical dicho rompimiento. Inglaterra, hasta Enrique VIII, había sido también católica: con lo que la lengua inglesa se convierte también en vehículo del rompimiento histórico con el Vaticano, junto a otras lenguas cuyos hablantes abrazan religiones derivadas de la Reforma protestante, como el alemán y el holandés. Su público de habla inglesa, entre el cual sus obras anticatólicas encontraron un amplio eco, sería capaz de percibir mejor la autenticidad de la conversión de Leucadio Doblado, si bien la elección de un pseudónimo hispánico no le permite desligarse de su identidad de origen.

Es importante mencionar aquí la fuerte influencia del clérigo anglicano William Bishop, en el que Blanco White veía encarnadas cualidades como la benevolencia, el refinamiento, el sentido común y una tolerancia auténticamente cristianas (Murphy 114). Bishop, quien le había invitado a vivir con él en la localidad rural de Ufton Nervet, había motivado a Blanco en su escritura literaria tras la propuesta de escribir los artículos que compondrían las *Letters from Spain* (1822).

En vistas de que Bishop representaba para él todo lo contrario de los autoritarios y fanáticos curas rurales que evoca en sus escritos (114), Blanco parece haber encontrado en sus cualidades la motivación idónea para sus críticas.

Curiosamente, también en otros ejemplos europeos podemos observar cómo la admiración e idealización de la libertad y tolerancia religiosas practicadas en Inglaterra, en contraste con el fanatismo y el rigor del catolicismo continental europeo, venían casi siempre expresadas en lengua inglesa. Un siglo antes que Blanco White, Voltaire había ya escrito sus *Lettres philosophiques* (1734), un compendio de elogios sobre la vida religiosa e intelectual británicas que el autor francés inicialmente publicó, con su propia pluma inglesa, bajo el título *Letters on the English* (1733).

### **La tensión entre lengua materna y lengua adoptiva**

Un encuentro de particular impacto en la vida de Blanco White fue el haber conocido a Mr. Humphrey Davis, químico descubridor del cloro. Impresionado por su juventud, inteligencia y naturalidad en el trato, Blanco White afirma que dicho encuentro le hizo “estimar más al país que había determinado hacer mío para el futuro” (*Autobiografía* 176). Dicho pasaje, como muchos otros, deja entrever el profundo idealismo y entusiasmo que se acumulaban en los primeros días del autor en Gran Bretaña. Pero hacer suya aquella patria implicaba ser consecuente con su determinación de no volver a España jamás ni volver a escribir o expresarse en español. Significaba decir adiós a la lengua materna. Una década más tarde tras dicho encuentro, recuerda esta vital despedida; en el primer número de su revista *Variedades o el Mensajero de Inglaterra*, del 23 de enero de 1823, Blanco White traduce del monólogo de Norfolk, al ser desterrado por el rey, en el primer acto de *Ricardo II*, de Shakespeare, las siguientes líneas:

El idioma patrio que he aprendido  
 más de cuarenta años, me es inútil  
 de hoy en adelante. ¿Qué es mi lengua  
 ya para mí si no harpa destemplada,  
 o instrumento sonoro puesto en manos  
 Nno acostumbradas a pulsar sus cuerdas?  
 (en Blanco White, *Antología* 103)

En ese tiempo, encontrándose en la década de su mayor productividad literaria en inglés, a los casi cincuenta años, parece no haberse desprendido totalmente del trauma de reinventarse en otro idioma; en estos versos, que acompaña del comentario que “sólo una larga residencia en el país cuya lengua aprendemos puede darnos la llave maestra del corazón de sus habitantes” (103), no parece terminar de olvidar el silencio impuesto por su ausente elocuencia y la torpe expresión de sus primeros años en Inglaterra. En este tiempo, según podemos extraer de su autobiografía, choca con el doloroso hecho de ser incapaz de dominar en su totalidad la lengua que con tanta confianza y distinción había manejado en España. El primero conflicto entre la lengua materna y la lengua adoptiva se observa en su penosa socialización, que a toda costa intenta justificar por la costumbre de otro acento:

Acostumbrado desde mi infancia a la pronunciación irlandesa, me era muy difícil incluso entender a los reunidos. Cuanto más progresaba en el conocimiento de la lengua, más claramente veía lo inadecuadamente que podía expresar mis pensamientos en inglés. El recogimiento con que había sido educado me había hecho muy sensible a cualquier posibilidad de hacer el ridículo, y como me veía en peligro constante de provocar la risa, bien pronto caí en la costumbre de permanecer callado. (*Autobiografía* 177)

El silencio tiene un valor muy importante: implica un regreso a una especie de estado infantil donde aún se está aprendiendo a hablar correctamente, donde la complejidad de los pensamientos adultos no marcha a la misma velocidad que la expresión. Cambiar de lengua podría interpretarse también como una regresión en el tiempo: un volver a nacer y crecer en la nueva patria. En este punto de su exilio, muy al inicio de su larga vida en la isla, Blanco White se enfrenta con el enorme complejo de inferioridad que le provoca el tener que pensar con cuidado sus frases, y la humillación que supone perder la elocuencia. Aunque afirma páginas más adelante nunca haber sido tan ágil en castellano, el lamento por el abandono del español se vuelve evidente cuando dice extrañar ciertas palabras e identificar huecos de expresión: “La falta de práctica de mi lengua nativa durante tanto tiempo y la continua exclusión de sus palabras como signos de silencioso pesar me la han hecho prácticamente inútil para hablar y escribir” (*Autobiografía* 177). Esta melancolía de los años iniciales contrasta fuertemente con el entusiasmo con el que se había decidido a abandonar el español por el inglés, su identidad intelectual española por la inglesa, y su religión católica por la anglicana.

No obstante, el autor no se dio por vencido en su proceso de caminar hacia la nueva lengua. Si bien las menciones sobre su adecuación a la vida cotidiana o el cambio de sus propias costumbres españolas son escasas, sí abundan aquellas sobre la vida cultural. Para Blanco White, era muy importante el conocimiento profundo de la literatura inglesa, un conocimiento que iba a la par del perfeccionamiento lingüístico: “Mi deseo de perfeccionar el inglés hacía que tuviera constantemente en mis manos las obras de los clásicos ingleses” (207). Diversos estudios, como por ejemplo los de Fernando Durán López (cf. “Blanco White y Walter Scott”), demuestran cómo no solo tradujo, sino que se dedicó a estudiar el modelo de novela histórica propuesto por Walter Scott. Su conocimiento y traducción de pasajes de Shakespeare están también estudiados y compilados en antologías, siendo la más conocida la de Llorens (*Antología de textos en español*, 1971). Como parte de su adecuación a la vida intelectual británica, destaca su obsesión por aprender griego clásico, lengua que era en aquella época parte elemental en la formación de cualquier persona de letras en Gran Bretaña y que se dedicó a aprender de manera autónoma. De sí mismo afirma: “De esta manera, por mi esfuerzo personal y sin ayuda de un maestro he llegado a ser no un eminente helenista, pero sí un estudiante que conoce bien la estructura de esta lengua y las mejores obras de sus clásicos tanto en verso como en prosa” (Blanco White, *Autobiografía* 209). Estas palabras, escritas ya en su vejez, muestran la ingenuidad, pero también el tesón con el que el sevillano buscó superar los límites de una cultura monolingüe.

Si bien en el tono con el que Blanco White narra sus dilemas culturales y lingüísticos resuenan la angustia y melancolía tan propias del Romanticismo, sus grandes habilidades prosísticas y líricas en lengua inglesa alcanzaron un nivel suficientemente alto como para ser apreciado por sus contemporáneos. De hecho, su primer artículo de contenido político en lengua inglesa, “The Present State of the Spanish Colonies”, publicado en *The Quarterly Review* en 1812, fue elogiado por su amigo el escritor e hispanófilo Robert Southey como “wonderfully free of anything which could betray the foreigner” (citado en Murphy 82). Este nuevo nivel de dominio, que posiblemente el propio autor no se imaginó en los primeros meses de su exilio, demuestran que la idea de lengua materna como algo fijo, monolítico y sin posibilidad de cambio es poco menos que falsa. Contradice asimismo la idea de diversos filósofos del lenguaje del Romanticismo, como J. G. Herder, Wilhelm von Humboldt o F. Schleiermacher (citados en Yildiz 6-7), de que no puede alcanzarse ni emotividad poética ni calidad literaria en una lengua que no sea la “nacional”. La recepción de la obra inglesa del autor sevillano claramente demuestra la relatividad de este paradigma que durante décadas se ha creído cierto. Prueba de ello es que Ralph Waldo Emerson, el conocido ensayista y poeta norteamericano, incluyó en su antología poética *Parnassus* (1880) el soneto “Night and Dead”, compuesto por la propia pluma inglesa de Blanco White. El mismo Menéndez Pelayo, acérrimo crítico del andaluz, elogia las *Letters from Spain* (1822) como un indiscutible testimonio, de alto estilo literario, sobre la vida rural en España del siglo XVIII, por supuesto no

sin dejar de fuera su reclamo a Blanco de retratar a su país de una manera “barbárica”, con “dudosa verdad moral” y de “lisonjear a sus patronos”:

Lo son sin duda, con tal que prescindamos del furor antiespañol y anticatólico, que estropea aquellas elegantes páginas, y del fárrago teológico con que Blanco, a guisa de recién convertido, quiso lisonjear a sus patronos, analizando con dudosa verdad moral, ni siquiera autobiográfica, las transformaciones religiosas de un clérigo español y describiendo nuestra tierra como el nido de la más grosera superstición y barbarie. (Menéndez Pelayo 1401-1402)

Por otra parte, su *Practical and Internal Evidence Against Catholicism* (1828), un ensayo en contra de la brutalidad dogmática de las prácticas católicas de su época no es solo un complejo y erudito argumento contra Roma, sino un testimonio autobiográfico de su propio sufrimiento como clérigo y el de su hermana monja, cuya muerte a inicios del siglo XIX dejó una honda huella en el autor. Dirigido inicialmente a un público católico, su tono incendiario y su calidad poética tuvo una recepción muy diversa en las islas británicas, donde, por un lado, fue elogiado por protestantes y, por otro lado, fue acusado de incitar al hostigamiento y marginación de la minoría católica (Murphy 133). Desde la perspectiva conservadora española, resulta particularmente llamativo que Menéndez Pelayo llame a Blanco un “irlandés injerto en andaluz” (1391), como si no reconociera en él a un auténtico español, pretexto que utiliza para cuestionarse si efectivamente Blanco White estaba en condición de comprender conceptos religiosos en lengua española, como por ejemplo “escepticismo”, dudando así nuevamente sobre la validez de sus argumentos anticatólicos.

Como ya hemos visto líneas arriba, Blanco White inició su viaje hacia el inglés con diversos tropiezos que, más adelante, no le impiden la consagración literaria. Sin embargo, sabemos que la supuesta renuncia absoluta del español nunca fue real: Blanco White redactó dos periódicos en su lengua materna, *El Español* y *Variedades o el Mensajero de Londres*, pues, le gustase o no, sus antecedentes eran lo que hacían su pluma tan atractiva para el público y los editores británicos. Gustoso de la exageración, Blanco White cuenta en su autobiografía sobre la nueva posibilidad que se le había abierto de escribir en castellano con la propuesta de Ackermann para hacerse cargo de la revista *Variedades o el Mensajero de Londres*:

Escribí el periódico durante cerca de un año y medio. A pesar de que hice todo lo posible para que fuera útil, el trabajo me resultaba odioso. Escribir para un público lejano es tan difícil como pronunciar un discurso sin oyentes que lo escuchen. Además, pensar en español no solo se me había hecho muy difícil, sino que me causaba grandes sufrimientos que me quitaban la alegría. (*Autobiografía* 275–276)

Fuera cierto o no que pensar en español le produjera grandes sufrimientos, ya fuese porque evocaba en él recuerdos desagradables o le obligaba a discutir sobre temas que le producían rabia, admitir lo contrario equivaldría, frente a sus lectores ingleses, arrojar dudas sobre la autenticidad de su asimilación. Sin embargo, se abre también la posibilidad de que, ante el regreso al español, lengua de la cual aparentemente se había despedido, sucediese un proceso a la inversa, similar al que sufrió al socializarse por primera vez en una vida cotidiana que transcurría exclusivamente en inglés: y es que ¿es posible que la primera lengua se pueda olvidar, por lo menos parcialmente? O bien, ¿que en la imperfección que deja la impronta de otros idiomas, surjan huecos que despojen al hablante del poder que le otorga la elocuencia en la expresión?

### Conclusiones

Del mismo modo en que Blanco White idealizaba su relación con Inglaterra y exageraba sus dificultades con el inglés, exageraba también en el rechazo a no querer escribir nunca más en español y en su rechazo a España. Si bien en ello es donde sus detractores como Menéndez Pelayo encontraron motivos para mantenerlo bajo el aura de los autores malditos, sus biógrafos como Durán o Murphy ven precisamente en su crítica tan feroz también un profundo amor por su país. De 1810 a 1814 publicó en castellano su gaceta política *El Español*, que fue una plataforma de prolífica discusión e intercambio intelectual de gran importancia para independentistas americanos de la talla de Teresa de Mier y Simón Bolívar. El mismo Blanco White ganaba dinero con esta actividad periodística, apoyada financieramente desde diversos frentes, fungiendo como autor de artículos en lengua castellana, como traductor e incluso como corrector de pruebas lingüísticas (Durán López, *Versiones* 37). Tampoco dejó de tener contacto con otros exiliados españoles o con destacados hispanistas británicos, como el escritor hispanófilo Robert Southey o el filólogo Richard Garnett (Murphy 120), así como con Lady y Lord Holland, una pareja de hispanófilos liberales con fuertes intereses políticos en España, de los cuales se afirma que por lo menos Lord Holland tuvo la iniciativa de publicar *El Español* (Durán López, *La conciencia* 157). A pesar de su renuncia inicial, Blanco White no pudo despedirse jamás ni de España ni del idioma español.

Su aparente rechazo de la lengua materna no es más que un abandono imaginario; pero en ese ideal, su deseo muestra una identidad cultural flexible que permite el desarrollo de sus ideas y la conformación de un estilo literario que fue vehículo de posturas políticas y religiosas con gran trascendencia tanto en Gran Bretaña como en España y Latinoamérica. Su identificación y simpatía con la cultura británica hablan también de la coexistencia de dos identidades, una real y una imaginada, una adquirida de nacimiento y otra aprendida por idealismo, por el deseo de *llegar a ser*. Aunque Jocelyn Almeida critica que Blanco White identifica a lo británico como “política” y “económicamente superior”, y que el hacerse pasar por inglés resultaría en tener acceso a los “privilegios de ser británico”, asumiendo así una posición superior en el orden colonial del mundo (127), elude las implicaciones que tiene este

juego para la propia libertad individual: decir adiós al idioma español, así como pretender construir una nueva identidad nacional y cultural, es un acto de emancipación con el que Blanco White deseaba diferenciarse, así como afirmar su propia individualidad y encontrar una articulación a su disidencia política y religiosa. Imposibilitado en España, su exilio en Inglaterra significó la realización de sus propios deseos, como el de crear una identidad que venía ya tiempo atrás imaginando; no olvidemos que White no deja ser una traducción del propio nombre, Blanco: dos veces blanco, *two times white*, un mismo hombre y dos lenguas, dos etapas distintas en su evolución intelectual.

## BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, Jocelyn M. *Reimagining the transatlantic, 1780–1890*. Farnham, Ashgate, 2011.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. London, Verso, 2006.
- Bivort, Olivier. “Le romantisme et la langue de Voltaire”. *Revue italienne de études françaises*, no. 3, 2013. Disponible en: <http://journals.openedition.org/rief/211>, consultado 19.06.19.
- Blanco White, José María. *Antología de obras en español*. Ed. Vicente Llorens, Barcelona, Labor, 1971.
- \_\_\_\_\_. *Autobiografía de Blanco White*. Traducción de Antonio Garnica, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1975.
- Durán López, Fernando. *José María Blanco White o la conciencia errante*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005.
- \_\_\_\_\_. “Blanco White y Walter Scott”. *Cuadernos Dieciochistas*, no. 10, 2009, pp. 247-262.
- \_\_\_\_\_. *Versiones de un exilio. Los traductores españoles de la casa Ackerman (Londres, 1823-1830)*. Madrid, Escolar y Mayo, 2005.
- Ette, Ottmar. *ZwischenWeltenSchreiben. Literaturen ohne festen Wohnsitz*. Berlín, Kadmos, 2005.
- Gelléri, Gábor. *Philosophies du voyage. Visiter l'Angleterre aux 17e-18e siècles*. Oxford, Oxford UP, 2016.
- Hobsbawn, Eric. *Nation and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge, Cambridge UP, 1992.

- Martínez González, Antonio. "Exilio político e intelectual. La filología en el siglo XIX". *Estudios sobre filología española y exilio en la primera mitad del siglo XIX*. Fernando Durán López y Victoriano Gaviño Rodríguez (eds.), Madrid, Visor, 2016, pp. 453-477.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, Librería católica de San José, 1880-1882. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-de-los-heterodoxos-espanoles/html/>, consultado 10.04.18.
- Mercier Favire, Anne-Marie. "La nation par la langue: philologie, nationalisme et nation dans l'Europe du dix-huitième siècle". *Nation and nationalisms: France, Britain, Ireland and the eighteenth-century context*. Michael O'Dean and Kevin Whelan (eds.), Oxford, Voltaire Foundation, 1995, pp. 161-180.
- Murphy, Martin. *Blanco White. Self-banished Spaniard*. New Haven/London, Yale UP, 1989.
- Subirats, Eduardo. "Siete tesis contra el hispanismo". *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, no. 17, 2004, pp. 149-166.
- Valle, José del y Luis Gabriel-Stheeman (eds.). *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Fráncfort/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2004.
- Yildiz, Yasemin. *Beyond the Mother Tongue. The Postmonolingual Condition*. New York, Fordham UP, 2012.